



GARRIDO

—Pues venimos vestidos así porque en la invitación pone «traje de noche».

Ayuntamiento de Madrid

Dib. GARRIDO. Madrid.

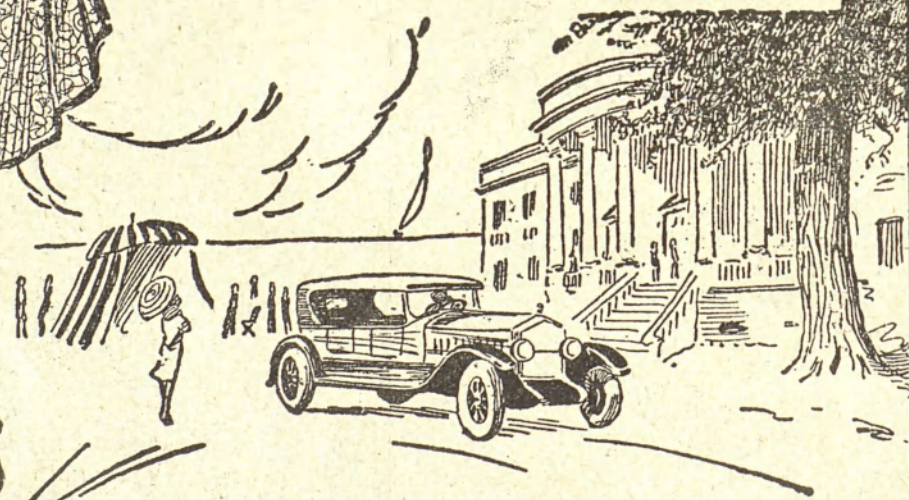


CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE «LIDA», PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN-ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos



DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE
NOVIEMBRE

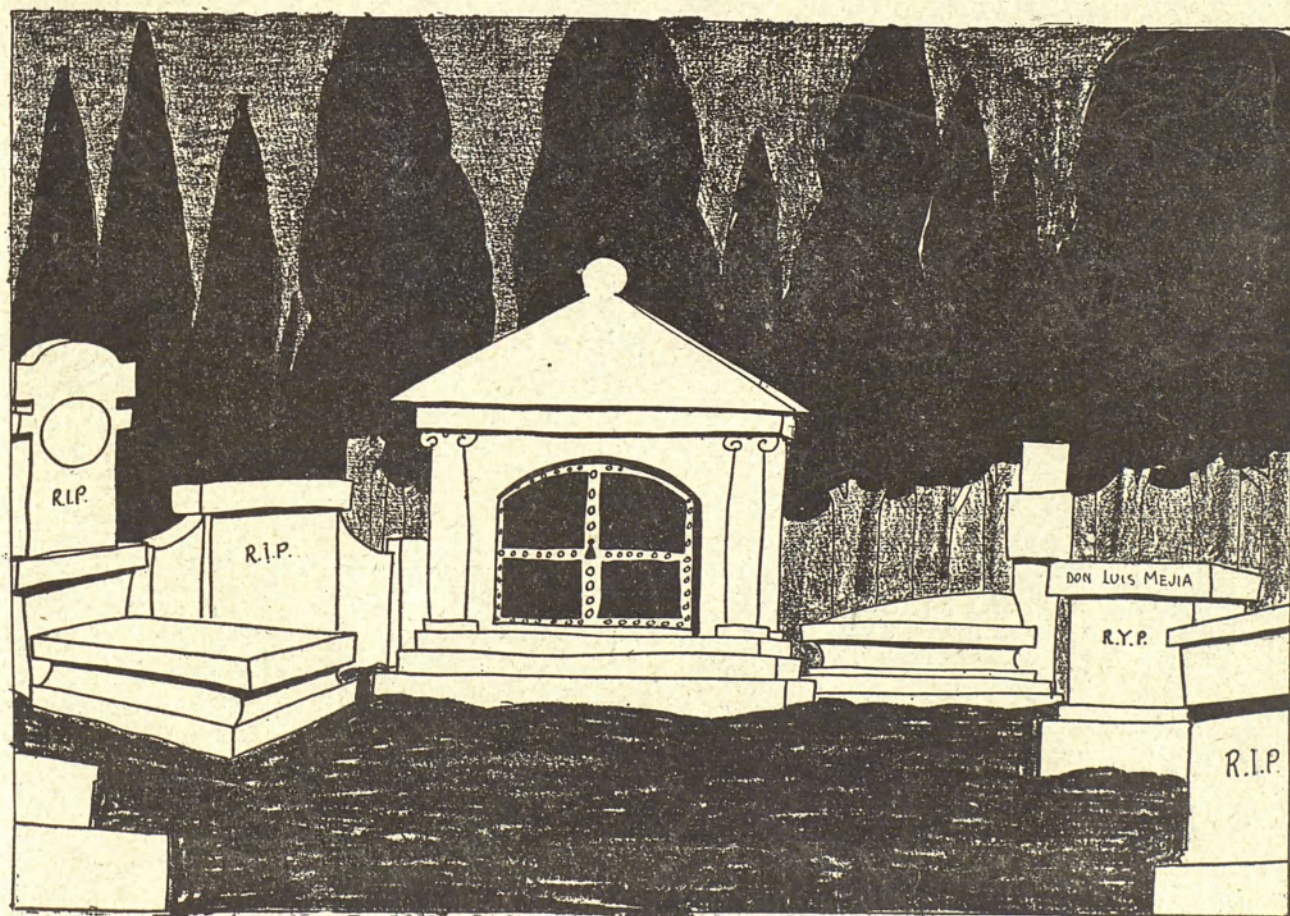
Como estamos en el mes del «Tenorio», de las castañas y de los difuntos, damos un succulento concurso, muy apropiado para estos días. Como verán nuestros caros lectores que se fijen un poco, se trata de la escena «cumbre» del drama del difunto don José Zorrilla, escena que tanto canguelo nos daba de chicos. Pero como habrán observado, el decorado y los personajes—El comendador, Don Juanito, las estatuas y el reloj de arena—se hallan cada uno por su lado. Se trata, pues, de que recorten los antedichos personajes y personajitos y los peguen con goma o con una estaca en su lugar co-

rrespondiente del negruzco fondo que va en esta página. Al lector que acierte en la distribución adecuada le obsequiaremos con un billete de

CIEN PESETAS

sin estampillar. Conque ¡ánimo y a luchar por los veinte «ojos de buey»!

El plazo de admisión de soluciones termina a las 24 del día 30 del presente mes de noviembre.



NUESTROS CONCURSOS

SOLUCIÓN Y PREMIO AL DEL MES DE OCTUBRE

Damos, ante todo, las gracias más expresivas a nuestros jacarandosos solucionistas, por el interés (6 por 100 anual) que han demostrado en favor de don Otto Reuch... etc., natural y vecino de Düsseldorf, perdido en un sitio de Madrid y encontrado gracias a los dibujitos fabricados por él y a los esfuerzos para descifrarlos realizados por nuestros probos amigos.

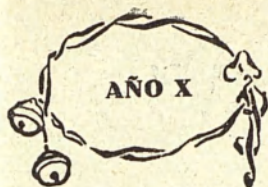
La solución exacta ha sido enviada nada menos que por *sesenta y cuatro* de los ochocientos diez y seis señores que nos han honrado prestando su concurso a nuestro ídem de octubre. Dicha solución es *Trapería*, elegante vocablo que se obtiene con la inicial de triciclo, ratón,

ajedrez, paraguas, escabel, ratón, imagen y aljaba, que son los cachivaches dibujados por Sama.

Realizado—con las formalidades de cajón—el sorteo correspondiente entre los sesenta y cuatro solucionistas del margen, ha resultado favorecido por la veleidosa fortuna el misterioso caballero que responde a las iniciales A. E. G. de T., de Avila, el cual deberá, en primer lugar, decirnos qué quieren decir las mencionadas letras (a menos que no quiera hacer su nombre objeto de un nuevo concurso) y después pasar por nuestras Oficinas para hacerse cargo del magnífico billete de 100 pesetas que le tenemos reservado.



EL SEÑOR QUE QUISO HACER ASTILLAS



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 29 de noviembre de 1931



CAZA MENOR PASATIEMPOS

A veces, lectores, un poeta de la talla de Rubén Darío, a quien huelga decir cuánto admiramos, padece una distracción como ésta:

«El paso es misterioso. Los mágicos diamantes de la corona y las sandalias de los [pies fueron de los maestros que se elevaron antes (1) y serán de los genios que triunfarán [después.»

¿Conque... «las sandalias de los pies?»

¿Pues de dónde iban a ser las sandalias? Eso me recuerda, maestro amado y distraído, a un manchego que se quejaba de dolor «en los riñones de atrás».

Un crítico extranjero dice que el *Quijote*, con toda su grandeza, no deja de ser una bella mentira. Vamos, que es una bola, ¿no?...

Pues no, señor crítico. Don Quijote no es «bola». ¡Es «manchego»!

Quintilla de la hembra avispada:

(1) Deben de ser los del «primer escalafón», de que tanto se habla.

—¿Qué periódico dirás que huele mejor, Polonia?
¡A ver si en el clavo das!...
—¿«La Gaceta de Colonia»?...
—¡Ni media palabra más!

Sextina de la división de opiniones:

Cerca de Villa-Fadrique se pensó en construir un dique. Al llegar la nueva allí,

el pueblo se dividió, y unos rugen: «¡Dique sí!» y otros gritan: «¡Dí-que, no!...»

En una recién llegada revista ultramarina leo que dará una conferencia «el maestro» Martínez Sierra. ¡Atiza!

Pero ¿es de verdad maestro? No, colega.

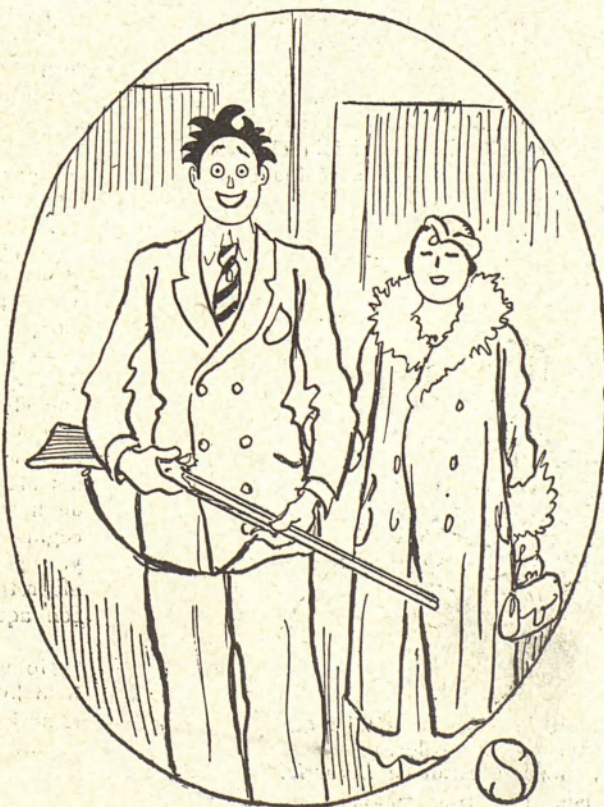
¡Si lo que estudió don Gregorio fué el bachillerato!...

De una revista de toros: «El bicho cojeaba un poco. El diestro estuvo bien con la muleta...»

¿Sí?

¡Hombre! Pues si cojeaba, el que hubiese estado bien con la muleta habría sido el toro.

Cleptomanía cuartelera: El recluta Bello Bravo, que es de presunción por [tento, sin ver que iba en menos [cabo de su honor, fué al regimiento (hazaña que yo no alabo), y sustrajo, en un momento, el «ron-quina» del sargento y la «colonia» del «Cabo».



Dib. SILENO. Madrid.

MIGUEL DE CASTRO.

TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CALLE DEL TORO

Lugar de la acción, el Campo del Moro; la fecha, el cinco de octubre del año mil seiscientos treinta y un pico...

Deseando el de Olivares celebrar con regocijos el cumpleaños del Príncipe Don Baltasar, que era hijo mayor del Rey Don Felipe, el cuarto de los *Filipos*, ordenó solemne fiesta propia de romanos circos, disponiendo que luchasen a la vez y confundidos un toro, un león, un tigre, una mona, dos novillos, un elefante, un chacal, una pantera, dos micos, tres zorras, un gato, un perro y yo no sé si hasta un grillo.

Los balcones del Alcázar, más que ocupados, henchidos se hallaban de personajes de gran valor y prestigio. Allí estaban, además, de los Reyes, los obispos, Príncipes, inquisidores, magnates y *magnatitos*; entre ellos, muchas *meninas*; entre ellas, muchos *meninos*; Cardenales, y hasta el Nuncio también ocupaba un sitio,

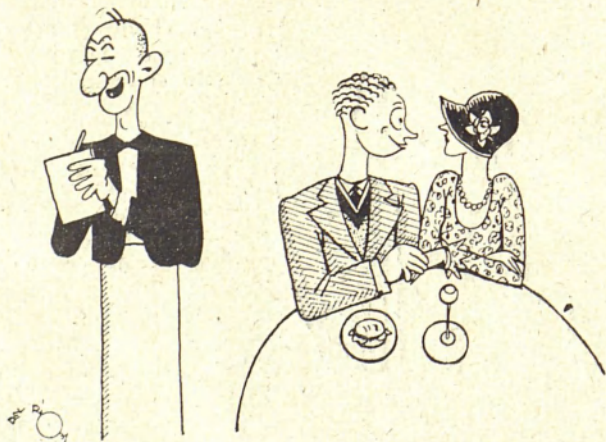
para dar al espectáculo, con su autoridad, más brillo.

En confuso tropel salen los animales ya dichos; se miran, avanzan, dudan, retroceden dando un brinco, se acorralan en un punto espantados del peligro, y, *sin ponerse de acuerdo* y obedeciendo al instinto, arremeten contra el toro, que era animal hermosísimo, el cual repartió cornadas con tan acertado tino, que a éste quiero, a éste no quiero con estotro hago lo mismo, que a los diez minutos ya no quedó en aquel recinto ni un bicho para *contarlo*, si hubiera sido preciso.

El Rey, con solemne voz, a los concurrentes dijo: «Vasallos, quiero otorgar a este animal premio digno de su valor. Perdonarle la vida fuera castigo, pues se le dejaba expuesto a perderla con ludibrio en manos torpes y en coso plebeyo y envilecido. Morir a manos del Rey es honra que envidia el vivo. Así, pues, venga al instante

mi arcabuz.» Y acto continuo se terció la capa, echóse el sombrero atrás con brío, apuntó, disparó, hirió, en fin, oyóse un rugido y vióse rodar al bruto envuelto en tal remolino de polvo, que parecía muerto por el rayo mismo. La multitud, delirante, hiere el viento con sus gritos, no cesando en lustro y medio de hablarse de aquel prodigio. Y Pacheco de Narváez, que rival no ha conocido en la ciencia de adular al Rey, de quien era íntimo, adquirió a precio de oro, que salió de su bolsillo, el cuerpo del animal tantas veces referido. Y arrancándole las astas, las puso en el frontispicio de su casa, cerca de la Plaza del Alamillo, siendo lo raro del caso que, según cuentas los libros de entonces, todas las tardes, a la hora y punto mismos en que el Rey mató a la fiera, oíanse unos bramidos que espantaban a las gentes al pasar por aquel sitio; por lo cual, desde aquel día, fanático el vulgo y tímido, le puso calle del Toro a la que antes fué del Mico, atribuyendo el suceso a milagro del Altísimo, aunque, al cabo de los años, no sé por quién se ha sabido que, a fin de evitar Pacheco que el Monarca fuera visto, porque allí todas las tardes acudía muy solícito a tratar con cierta dama de negocios nada limpios, cogía un cuerno de caza, y, soplando de lo lindo, alborotaba la calle con aquellos resoplidos.

No sé si será verdad todo lo que llevo dicho; si no lo es, pudo serlo, y para el caso es lo mismo.

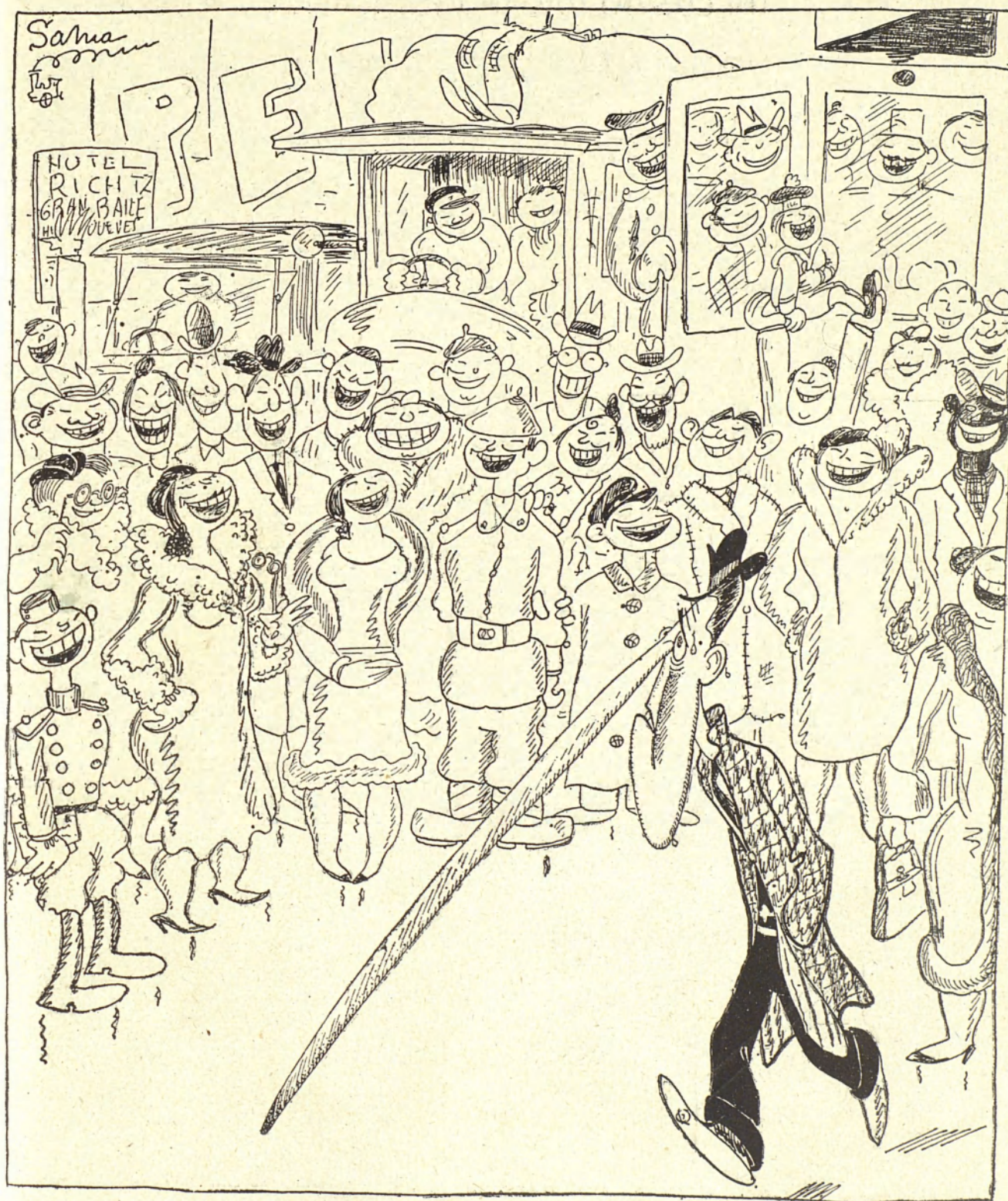


Ella.—Oye, riquín; en la caja de dátiles que me mandaste ayer, encontré dos pelos.

El.—No te extrañe, monada. Eran de *Berberia*.

Dib. DEL RÍO. Barcelona.

TOMÁS LUCEÑO.



Sensación que experimenta el señor al que ha dejado su novia para casarse con otro.

Dib. SAMA. Madrid.

UN CUENTO ITALIANO Y MACABRO

EL MUERTO QUE PROCEDIO COMO UN "VIVO"

Pippo Ragusetti se moría sin remedio...

Su familia, que era de las más distinguidas de Nápoles, y que estaba formada por doscientas once personas y un poeta tartamudo, rodeaba el lecho agónico esperando que se convirtiera en camastro mortuario antes de que se enfriase la sopa, que en el

comedor aguardaba pacientemente a que el enfermo dejase de dar la lata a sus deudos y testamentarios y se remontase lo más rápidamente posible a la misteriosa diestra de Dios padre, según se entra a mano izquierda...

Pippo tenía hipo, cada vez más hipo; pero como para quitarle el hipo hubiera hecho falta una hembra de

buten, y las que allí había no eran de buten, sino de Nápoles y sus volcánicos alrededores, seguía el hipó fastidiando al paciente, y seguía el paciente fastidiando a la reunión, sin que se vislumbrase por ningún lado el anhelado suspiro final.

Por fin Pippo Ragusetti, sacando un descarnado y peludo brazo de entre las sábanas, pidió la mano de su mujer.

Ella, creyendo que aquello era el delirio, le dijo que para qué pedía su mano, cuando hacía doce años que estaban casados; pero Pippo se sonrió y aclaró el concepto diciendo (con voz más débil que el estómago de un laborista inglés) que pedía la mano de su costilla para despedirse de ella.

—¡Es que me voy, Fiametta!!
¡Me voy a ir en seguida!!

—Pero, hombre, ¿qué prisa tienes?... ¿Tan mal estás aquí?...—le dijo Fiametta para animarle, aunque otra le quedaba dentro.

—¡Tan mal estoy, esposa mía, que si me hubieras hecho caso y hubieses avisado al médico, hace tres horas que estaría yo en el cementerio ocupando el mausoleo que por clasificación me corresponde!... ¡Mi agonía se prolonga, y es por falta de una receta..., que me es en este momento más necesaria que el sentido común a un guardia de seguridad!...

Acabadas de pronunciar estas sabias palabras, se adelantó una criada, prematuramente vestida de luto por imposición de la suegra de Pippo, y anunció solemnemente:

—¡El señor doctor!...

¡Fué mano de santo!... El aludido galeno, sin necesidad de aproximarse al lecho, sin la más leve alusión a que iba a recetar nada, sin despegar sus sapientísimos labios, consiguió resolver en un minuto el furibundo problema planteado... Pippo le miró, le olfateó con delicia, y dijo agradecidísimo:

—¡Gracias, doctor ilustre!... ¡Yo no necesitaba ya más que este ligero golpe, determinado por su presencia, para acabarme de caer con todo el trousseau!...

Y sin más de particular, y con saludos a toda la familia y amigos, Pippo Ragusetti cayó como una pelota y se entregó al brazo clásico del puntillero. (Ovación y oreja al facultativo).

No hemos encontrado una forma menos macabra de describir el falleci-



—¿Qué le dijo el médico a Carlos?
—Que había tenido un derrame en una pierna.
—Pues acertó, porque antes del atropello se le había caído una jarra entera de cerveza.

Dib. EGA. Albacete.

miento de un italiano relativamente honrado.

Pero pasemos a otro capítulo, que este lío no está terminado todavía, aunque a ustedes les haya parecido que sí.

¿Cuánto tiempo estuvo Pippo Ragusetti enterrado?...

Se ignora... Pudieron ser dos días, tres, una semana, un mes... El caso es que Pippo despertó en su tumba cuando menos lo pensaba, y vió, con espanto, que no estaba muerto; es decir, como verlo, no lo vió, porque estaba completamente a oscuras; pero lo adivinó por la sencilla razón de que era muy listo y en seguida comprendía las cosas.

—¡Me han enterrado vivo!—dijo con la misma expresión de terror con que La Cierva exclamó el catorce de abril: «¡se ha hecho la pascua mi influencia política en Mula!...»

Y luego, un poco más tranquilo, se hizo la siguiente reflexión:

—¡¡Lástima de dinero gastado en el entierro, sin necesidad ninguna!! Con la mitad de las liras tiradas a la calle en esta tontería, le hubiera puesto el estanco a Bettina, y ella, en agradecimiento, me hubiese dedicado las labores más escogidas...

Y después de este desahogo un poco anticonyugal, gritó poniéndose furioso de pronto.

—¡¡Qué tranquila y regocijada estará mi suegra ahora!!... ¡¡Cómo se habrá carcajeado al verme cadáver!!... ¡¡Maldita sea su feísima estampa!!...

¿Fué por la evocación?...

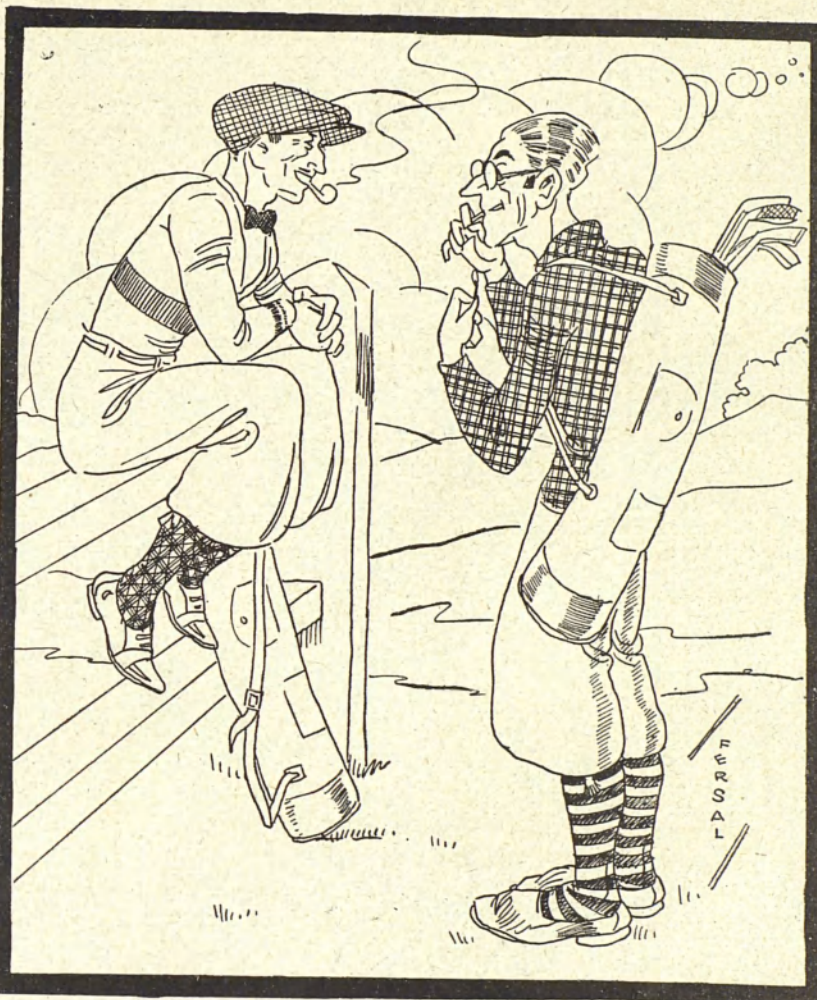
¿Fué por otra cosa?...

¿Por qué fué?...

No importa... ¡Por lo que fuese!...

El caso es que, al día siguiente, Pippo notó en el panteón un ruido inusitado y bastante pelmazo... Voces... Carreras... Ayes... La voz de su esposa que lloraba a lágrima viva y recalcitrante... La voz de Bettina, su amiga íntima, que lloraba también, quizás en la desesperación de no poder ya ser estanquera jamás, porque primos como Pippo hay muy poquitos en el mundo... Una banda militar que tocaba *La rosa del azafrán* convertida en marcha fúnebre, que, después de todo, es lo que ha sido toda la vida... Rumor de muchedumbre condolidas... Olor de incienso, de humo, de cirios, de churros...

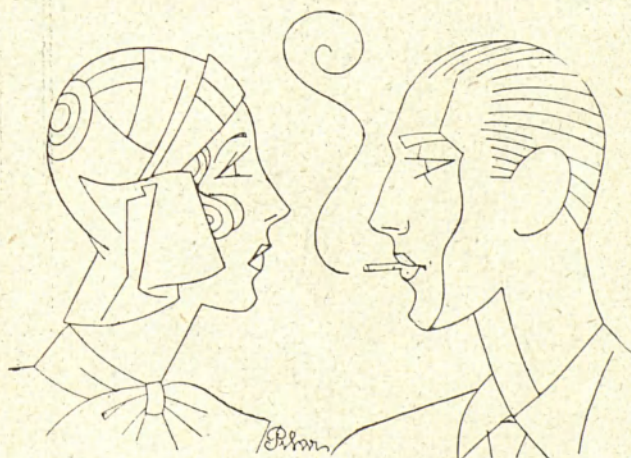
—¿Qué es esto?—pensó Pippo—. ¿Vendrán a hacerme un homenaje? ¿Habrá pasado un año y yo no lo he notado?... ¡¡Pero no!!... ¡¡Esto es un sepelio en toda regla!!... Pero, ¿quién es el cadáver?...



—¿De modo que ayer enterrásteis al pobre Alfredito?

—Sí, era un calavera...

Dib. FERSAL. Madrid.



—¿Cómo hace cambiar de ideas el matrimonio! Cuando yo era soltero, me gustaban todas las mujeres.

—¿Y ahora?

—Ahora me gustan todas... menos la mía.

Dib. PILAR, Madrid.

¡Un momento de duda! ¡Un indicio! ¡Una sospecha! ¡Y al final, la seguridad completa!...

Pippo lanzó un alarido absurdo:

—¡¡Es mi suegra!!!!...

¡Lo era, en efecto!... ¡Y allí la dejaron a su lado, después de las atenciones póstumas y de los llantos galantes con que se distingue a los muertos para quedar bien!... Se alejaron los asistentes... Se alejó la banda... Volvió el silencio... Se hizo de noche (y, sin embargo, no llovió) y entre sus cavernosas tenebrosidades continuó la juerga que paso a describir...

Pippo Ragusetti, más feliz que un reumático con zapatillas de orillo, empezó a cantar *La marselesse*, el himno de Mussolini y un *chárleston* de sesenta y cinco céntimos, y en su furiosa alegría hizo cisco el féretro de un puñetazo y se vió libre y en medio de la cripta...

—¡Ahora no tengo más que hacer

que tomarme la molestia de volver a mi casa!—dijo con expansión y a voces destempladas.

Pero de pronto, y como un eco horrrisono, estalló una carcajada sardónica a su lado.

—¡¡Cielos!!!!...

¡Era la suegra, la tremenda madre política, que también había sido enterrada viva, como si eso fuese la última moda en Nápoles!...

Extinguida la risotada, se quebró en mil pedazos el ataúd de la distinguida señora, y ambos difuntos honorarios se encontraron frente a frente.

¡La cosa fué espantable, épica, desopilante, pero de una rapidez completamente pelicularia!

—¡¡Vámonos a casa, que es lo más prudente!—ordenó la dama.

—¡¡Que te crees tú eso!!—opinó Pippo—. ¡¡A casa no vuelve más que este humilde servidor!!

Y liándose el sudario a la cabeza,

metió a la suegra tan panorámica paliza, que en dos minutos la convirtió en cadáver de verdad; pero de estos cadáveres que no hay duda... Luego la colocó en el féretro tranquilamente... Después, escribió sobre él, con un lápiz, estas palabras elocuentes: «Horas de caja, desde las seis y media de hoy hasta la eternidad...» Y terminado esto se sentó, encendió un pitillo económico, y hasta que no le dió en la nariz que la interfecta se empezaba a descomponer, más rápidamente que las gramolas de alquiler, no se decidió a abandonar la Necrópolis...

Y ya camino de su casa, feliz e independiente, tuvo una frase, más feliz que él:

—¡¡Que en paz descanse..., porque la verdad es que la tunda la debe de haber dejado rendida!...

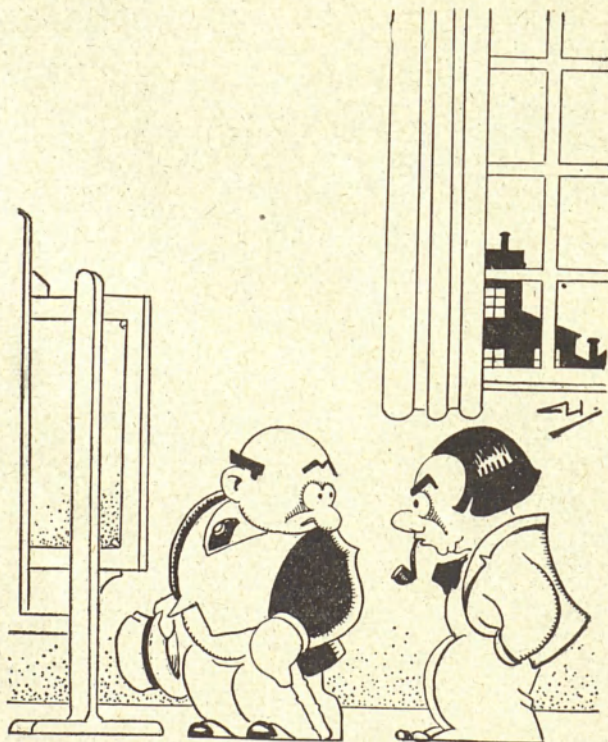
ERNESTO POLO.



—Diga usted, guarda; si yo cazara aquí alguna liebre, ¿sería delito?

—No, señorita; sería un milagro.

Dib. ESTEBAN. Madrid.



—Si nunca ha pintado, ¿cómo sabe usted que este cuadro está mal?

—¡Yo sé cuándo un huevo no es bueno y nunca he puesto ninguno!

Dib. URDA. Barcelona.

TODAS MULTIMILLONARIAS

HA SONADO UN TIMBRE

—Adelante
 —Buenos días, señor Casado.
 —Señorita...
 —Señora. ¿No me recuerda usted?
 —No; es decir... ¿Sirena?
 —La misma. Un poco más gruesa, pero Sirena Domínguez, que vuelve de su viaje de bodas.
 —¿Dichosa?
 —Completamente. Vengo a darle a usted, una vez más, las gracias. He recomendado su agencia matrimonial femenina a una señorita con la que intimé en el tren.
 —¿Bonita?
 —Incasable.
 —Para mi agencia esa palabra no existe.
 —Lo sé.
 —Su esposo de usted, ¿feliz o resignado?
 —Feliz. Es bueno.
 —Se acostumbrará. Todos acaban por acostumbrarse.
 —Así sea.
 —Y serán ustedes eternamente dichosos.
 —Gracias. No le molesto más.
 —Tengo un gran placer...
 —Señor Casado, buenos días.
 —A sus pies, doña Sirena.

La agencia matrimonial femenina de don Perfecto Casado, «El divorcio está en camino», era modelo de sencillez. La señorita, más o menos ondulada, que llegaba a ella, un poco avergonzada y con el rictus amargo de haber presenciado el desfile de quince o más primaveras sin que en ninguna hubiese visto florecer el amor en forma de oficial del Ejército, estudiante de Medicina, o guardia de Asalto, renacía pronto a la esperanza al escuchar la palabra concienzuda y altisonante del director, que afirmaba siempre:

—Usted se casará, señorita. ¡Me juego el cuello postizo! No me falla una.

Brillaban unos relámpagos de ilusión en los ojos decadentes y mortecinos de las desesperanzadas y, tras

pocas palabras más, quedaba cerrado el trato.

—Usted no tiene que abonarme ni una peseta hasta momentos antes de

ir a la iglesia, para unirse a su novio y muy señor mío.

—¿Y qué he de hacer?—solía preguntar ella con timidez.



—Capitán: ahí está la aurora boreal.

—Que se retire. No quiero mujeres en el campamento.

Dib. ALA, Barcelona.

—Decirme su nombre, para anotar-lo en mi registro, y enviarme, lo antes posible, un retrato cuyo parecido con usted sea lo más exacto. Y cuando, pasados quince días, tenga usted novio formal, firmar un pequeño contrato.

—¿Nada más?

—Nada más. Tenga fe.

Don Perfecto Casado trabajaba todos los días, como buen español. Los lugares más propicios para el logro de sus argucias eran los salones de los hoteles, durante los tes; los paseos, las terrazas de los cafés, los cinematógrafos, los círculos, etc.

En cualquiera de estos lugares citaba a la cliente, recomendándole el lucimiento de sus mejores vestidos y sombreros. Poco más tenía que hacer la futura eseposa, y muy fácil de realizar: bullir, bailar, coquetear con discreción y esperar tranquilamente la llegada de los pretendientes, pues casi siempre eran varios.

Por su parte, don Perfecto acudía al lugar de la cita y, después de asegurarse de que su cliente se encontraba en el local, elegía un lugar próximo a ella y se rodeaba de dos o tres amigos de gran confianza, muchachos jóvenes y bastante estúpidos,

que, a su vez, le ponían en comunicación con otra docena de pollos, gallitos y gallos. Una vez todos reunidos, se charlaba, naturalmente. Y como es lógico también, tratándose de españoles, se hablaba de mujeres. Mientras se trataba de señoritas «cabaretianas», don Perfecto no despe-gaba sus labios. Pero le llegaba el momento al amor platónico y a su natural consecuencia, el matrimonio, y entonces terciaba el director de la agencia matrimonial femenina «El divorcio está en camino»:

—¡Ya, ya!... ¡Cualquiera se casa! De no ser con alguna rica...

—Eso, eso—decían unos adolescentes incautos.

—Que sí, señor—apoyaban otros renacuajos—. Pero aquí vienen pocas de ésas.

Y don Perfecto, recreándose en su sencilla pesca, sonreía.

—Una tenemos ahí, a dos pasos—exclamaba con indiferencia.

—¿Dónde?—inquirían todos.

—¡Discreción!—disimulaba don Perfecto—. No miren ustedes.

Bisbiseaban:

—¿Cuál?

—¿Cuál?

—¿Cuál?

—¿Cuál?

Y así hasta diez o doce pronombres relativos.

—Aquella del vestido azul...

—¿Y el sombrero blanco?—terminaba cualquiera con precipitada ansiedad.

—Esa. Sí. Pero no miren ustedes. Va a figurarse que estamos hablando de ella.

—¿Y dice usted que es rica?—preguntaban todos atropelladamente.

—¡Multimillonaria! Y muy modesta, mejor dicho, muy romántica. Es un caso curioso. Tiene un fortunón, y se esfuerza en aparentar que sólo vive con decoro.

—Algún desengaño sentimental...—insinuaba un imbécil.

—Muchos, sin duda, pero vulgares. Todos los que se acercan a ella lo hacen atraídos por sus millones. Y esa torpe actitud de los hombres por fuerza tiene que herir a una mujer tan sensible e inteligente como ella.

—Claro.

—Sí.

—Es natural.

—¡Pobrecilla!...

—¡Qué «frescos»!...

—Así somos—exclamaban los pollos, gallitos y gallos, todos renacuajos.

Y don Perfecto extraía un pitillo de su flamante petaca. Diez o doce manos le ofrecían otros tantos cigarrillos. Guardaba el suyo, aceptaba el más próximo y, mientras lo encendía, pensaba:

—Ahí queda eso. El que quiera picar que pique.

Y, como hemos visto al comienzo de esta historia, picaban.

Y cuando alguno, después de casado, se llamaba a engaño, don Perfecto solía parar el golpe diciendo:

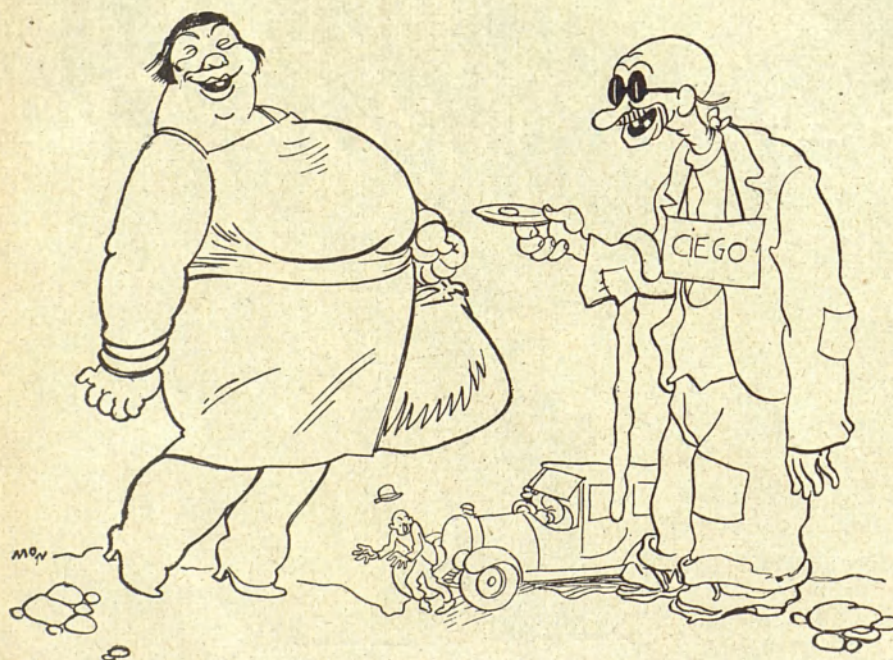
—No, no, perdone. Yo no pude decir a usted que su señora, a quien no tengo el gusto de conocer, era multimillonaria.

—¿Cómo que no? ¿No recuerda usted, un día, en un té organizado por Responso...?

—¡Ah, sí, paréceme que comienzo a recordar!

—¿Y qué dice usted ahora?

—¿Qué he de decir? Que a quien señalé en aquella ocasión no fué a la que hoy es su esposa, sino a una señora que estaba a su lado...



—Muchas gracias, y que Dios le conserve la vista muchos años.

—Y usted que lo vea.

Dib. MONDRAGÓN, Barcelona.

PABLO TORREMOCHA.



Historieta, por RAMÍREZ. Madrid.

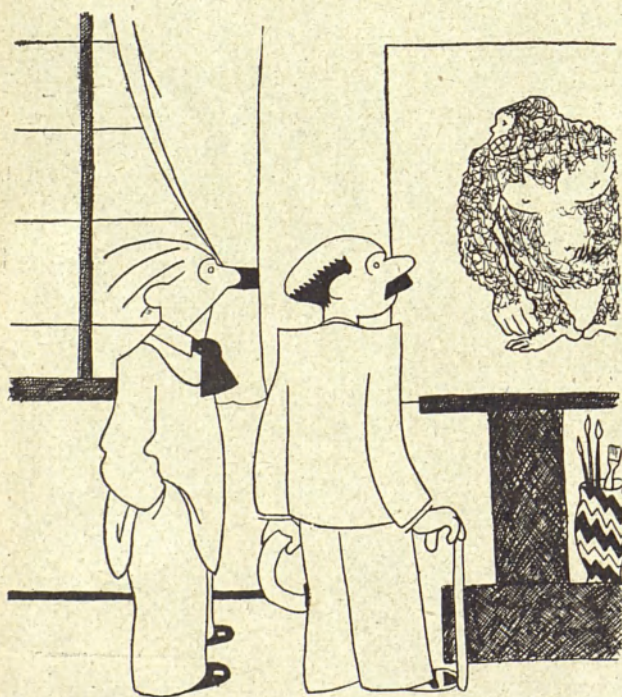
HAY QUE HACER ALGO

Amable vecino
Miguel de Cifuentes,
que tienes ideas
estupefacientes :
¿En serio me dices
que anhelas, o ansías
que mande a la Prensa
las fotografías
de tus numerosos
y nobles parientes
(que son todos hijos
de Migascalientes)
a fin de, sueltos
o en gran formación,
publiquen su efigie
sin ton y sin son?
Pues, si han de ser vistos
en más de un papel,
que méritos hagan
para ello, Miguel.
Que escriba un buen libro
tu primo Conrado;

que un buen lienzo tuyo
te premie un Jurado;
que mates diez toros
con una estocada
o a Uzcudun revientes
con una patada;
que un día tu hermana,
la viuda del juez,
seis chicos o siete
dé a luz de una vez;
que Roque, tu abuelo,
con furia inhumana
le tire a tu padre
por una ventana;
que Pura, tu madre,
faltando a su honor,
reciba de Azaña
cartitas de amor;
que Rosa, tu hermana,
que es flor peregrina,
se escape una noche
con Franco a la China;

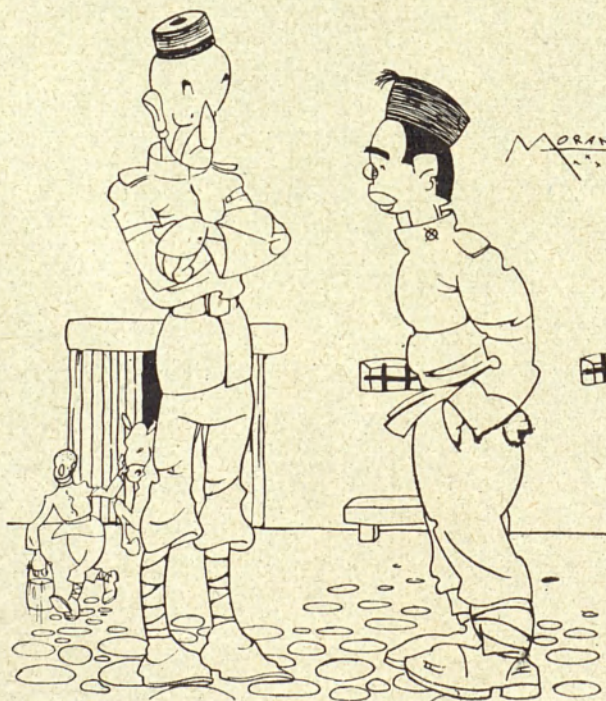
que, en fin, unos y otros,
querido Cifuentes,
de tus abundantes
y nobles parientes
cualquier cosa de esas
realice estos días...
Entonces me mandas
sus fotografías,
y yo te aseguro,
querido Miguel,
que salen grabados
en más de un papel.
Pero presentaros
sin más incidentes
que ser todos hijos
de Migascalientes
y hacer que os publiquen
por puro favor,
¡es una simpleza
de marca mayor!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



—Y este cuadro, ¿qué representa?
—Este es un cuadro-mano.

Dib. ESTEBITA. Madrid.



—Mi prima está enamorada de mí porque dice
que soy muy valiente.
—¡Hombre! Por lo menos eres un hombre de mu-
chos arrestos.

Dib. MORÁN. Madrid.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

AUTORES DE OBRAS, NO; AUTORES DE PUBLICOS

Creemos que, de esta hecha, va a quedar resuelto del todo el problema de la regeneración del teatro. Hasta ahora estaban dando todos, unos y otros, palos de ciego en el aire. Ninguno había dado con la fórmula... Ahora, sí...

Los defensores del teatro de importancia están siempre diciendo que lo actual, lo que ahora se estrena de ordinario, tiene, en efecto, mucho de ordinario y poco de excepcional; que, en cambio, hay por el mundo determinadas obras de teatro que debieran suplir a las actuales en las carteleras de unos y de otros.

Alguna vez que otra se decide el empresario Juan o Pedro a estrenar cualquier obra de esas. No la estrenan por gusto, ni por afición; nada de eso: la estrenan porque hay que adquirir títulos honoríficos, a fin de congraciarse con la «opinión distinguida».

Cada siete años o así cambian las formas de los zapatos y las modas de los sombreros. Hoy aprieta el zapato a cada cual en un sitio en que ayer no le apretaba. Los sombreros varían de moda, y con ellos, las ideas que hay debajo. Al conformar los cerebros se conforman también las cabezas, y así como hay sombreros Frégoli u hongo—melon, que dicen los franceses—, o de copa, también hay ideas de transformista, o ideas de melón, o encopetadas.

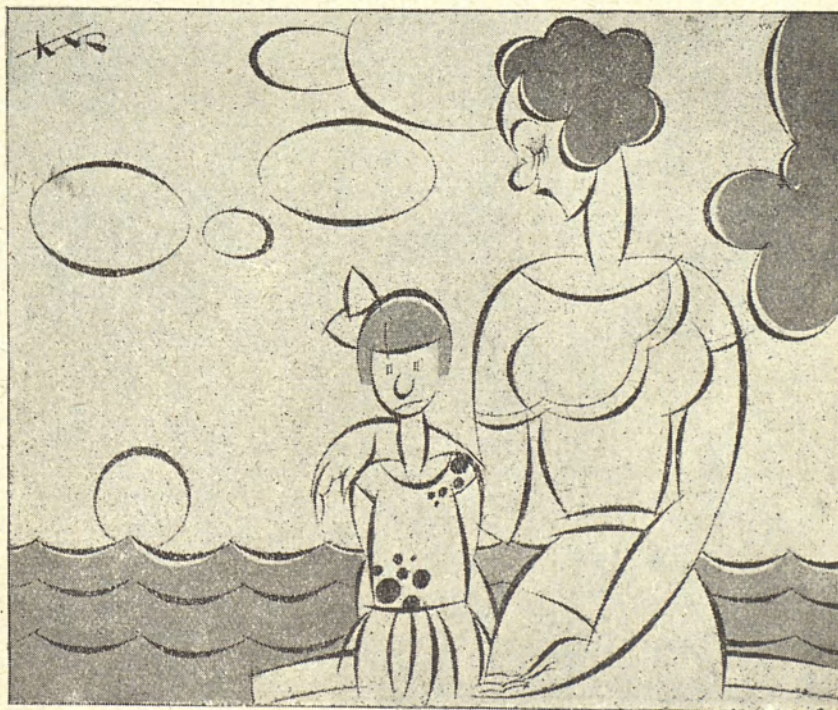
Ahora, los rusos nos proporcionan las modas sociales, como antes los gabanes y los chubesquis. En política hay que ser rusos; en bebidas, norteamericanos, y así sucesivamente... Hay una aristocracia que debe usar muebles de tubo de acero, ser comunista de acción, partidaria del

divorcio anual y del amor libre y partidaria del cine surrealista.

Lo mismo, en el arte teatral ha privado y priva aún la regeneración del teatro a base de obras de vanguardia. Cuando un empresario o una actriz quieren que un sector de Prensa esté con ellos, escogen una de las

obras incluidas en el repertorio de selectos. La estrenan, y ya se sabe: aplaudimos unos cuantos y... ¡a la fosa! La obra, o dura poco, o no dura ni poco ni mucho.

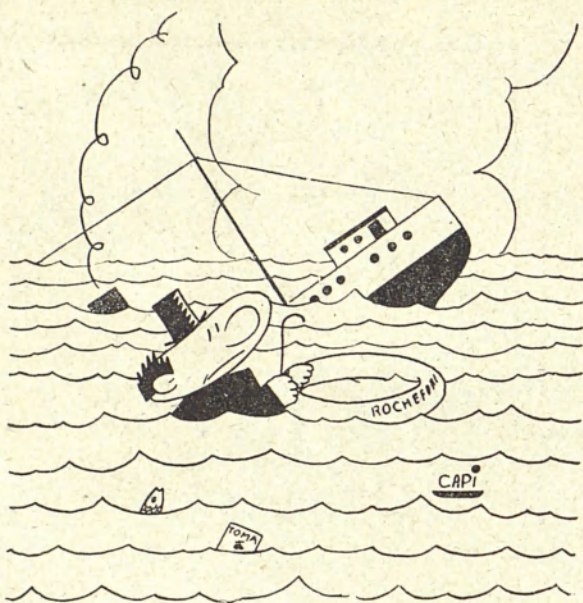
Es algo realmente atroz, para lo que no hallábamos cura. (Esta cura se usa aquí en el sentido de remedio.



—Vámonos ya, que es tarde; el sol ya toca en el mar.

—Espera, mamá. Veremos cómo nada.

Dib. KAR. Valencia.



El millonario náufrago.—¡Y yo que nunca creí verme con el agua al cuello...!

Dib. CAPI. Madrid.

¡No vaya a creerse alguien que andamos buscando curas de bonete... y nos cacheen!) ¿Cómo remediar ese mal, si determinadas obras no pueden ser entendidas por la gente?... Nosotros, que hemos visto naufragar en los escenarios de España obras deliciosas y maestras de la dramaturgia de ahora, como el *Knock* y *Liliom* y *El hada buena*; nosotros, que hemos visto entrar en el Fontalba a mucha gente, cuando estaba en cartel el *Siegfried*—obra magna—, y hemos visto que salían lo mismo que habían entrado, es decir, sin enterarse, nos hemos dicho pensando en otras obras, tan buenas como esas o mejores, pero mucho más difíciles: «¿Cómo, si éstas fracasaron, esperar ni por asomo que las otras se estrenen y prosperen?»

Hay obras como *Anfitrión* 38—pongamos por obra cumbre—, que no serán entendidas por el público de buenas a primeras, aunque se empeñen los socialistas. Ante las sutilezas y finuras de aquel diálogo, lo mismo que ante las exquisitas bellezas de aluvión que siembran de inteligencia todo el *Siegfried*, es más difícil enterarse así, al correr del diálogo, que saber en estos tiempos lo que piensa el magno don Alejandro, nuestro actual ministro de Estado (estado de mudez).

La lectura de estas obras es uno de

los regalos más sabrosos que pueden ser ofrecidos hoy en día a cualquier paladar goloso de arte; pero cada vez que uno lee tales obras, piensa: «No, nuestro público no seguirá este diálogo sin cansarse... Habría, para poder representar estas comedias, que cortar por todas partes.»

Nosotros nos creíamos que era «nuestro público» el que no podría seguir los diálogos de esa clase, dado que *Anfitrión* y *Siegfried*, para citar dos de esas obras, han tenido en París sendos éxitos de público. Pero ahora nos hemos encontrado con varios platos de habas cocidas en Francia, y...

Se ha estrenado en estos días otra obra del autor de las dos obras citadas. El teatro Pigalle, el teatro de las barandillas de tubo de acero y las luces indirectas y los escenarios que suben y bajan, ha estrenado una obra, *Judit*, de Giraudoux, el joven dios de la dramaturgia de estos tiempos, dueño de todas las gracias. Y al hablar de la obra varios críticos, han coincidido en decir—¡oh sorpresa!—que es imposible seguir en el curso de la representación la inacabable serie de sutilezas que van fluyendo con naturalidad y sobria perfección de la inteligencia señora del autor, inteligencia a la que basta sonreír para pensar, y pensar para hacer poesía.

Los críticos franceses, los críticos de periódicos de carácter intelectual

precisamente—los más autorizados, por lo tanto—, opinan eso. Pero ¿qué dirán ustedes que se les ocurre decir? Pues se les ocurre decir lo más natural del mundo, algo que, después de todo, es perogrullesco: Que las obras de este género deben ser vistas—y oídas—dos, y tres, y cuatro veces.

¡Naturalmente!... Ni el crítico debe rechazar una obra que no ha comprendido, ni el público tampoco. Así dice a los públicos un crítico que a las tres o cuatro audiciones podrá ser saboreada la obra toda; y otro crítico dice a sus colegas: «Si el crítico no entendió, vuelva otro día»; y añade, como el otro: «Una segunda audición, una segunda lectura, y cada vez os sentiréis más satisfechos.»

Esto es puro, transparente, sencillez y encantador como un vaso de agua cristalina. Lo inconcebible es lo de hoy: volver a ver una obra cuando ya nos pareció superiorísima la primera vez que la vimos. ¿A qué verla otra vez, si ya la segunda vez no nos irá a parecer mejor que la primera? En cambio, cuando vemos una obra y nos quedamos *in albis*, es cuando está indicadísimo insistir, a ver qué pasa...

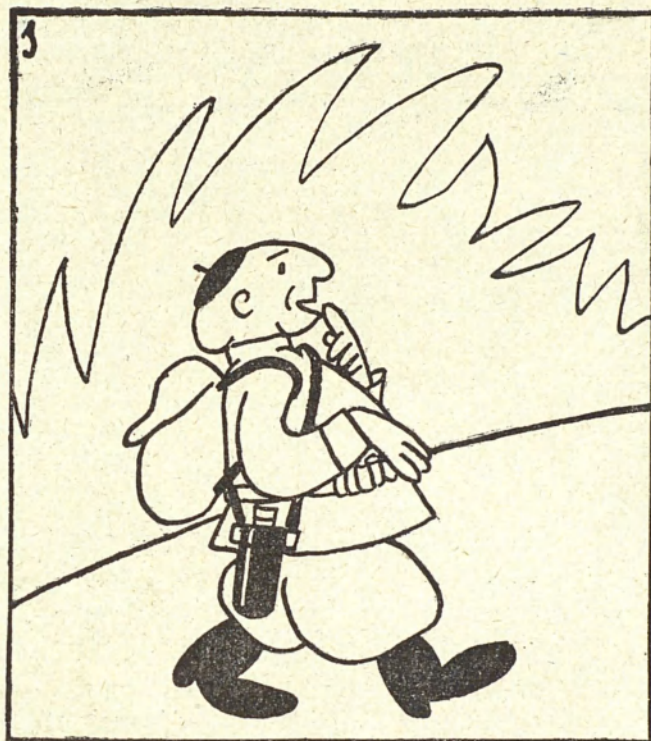
¡Calculen ustedes todos qué magnífica idea brota aquí a favor de los empresarios! Si este plan que nosotros divulgamos llegase a implantarse en pleno, los negocios teatrales quedarían para siempre a salvo de contratiempos... Cuando una obra pareciese excelentísima, iría a verla todo el mundo, lo mismo que pasa ahora; y cuando gustara poco, volvería el espectador dos o tres veces, hasta cerciorarse del todo...

Esto tendría, además, una ventaja segunda: que a poco de realizar este ejercicio, iría el público todo acostumbándose a oír y a entender lo que no entiende. Las sinfonías de Beethoven, que hoy entusiasman a las muchedumbres filarmónicas, fueron consideradas en su tiempo como galimatías inextricables. Lo mismo estas comedias que en la actualidad no gustan porque no son entendidas, gustarían después fácilmente; y así habría público en grande para obras que hoy no dan dinero... Es la teoría de Ford y de todos los grandes productores: no sólo hay que hacer mercancías: hay que crear compradores; hay que hacer sentir la necesidad y conveniencia de comprar y utilizar la mercancía, de ya no poder vivir como nos falte aquella mercancía.

Hasta ahora, los autores se han empeñado siempre en hacer obras... Y eso es lo de menos... Autores que hagan obras no hacen falta. Autores que hagan público... es lo que urge, eso sí... ¡Que vengan pronto!

MANUEL ABRIL.

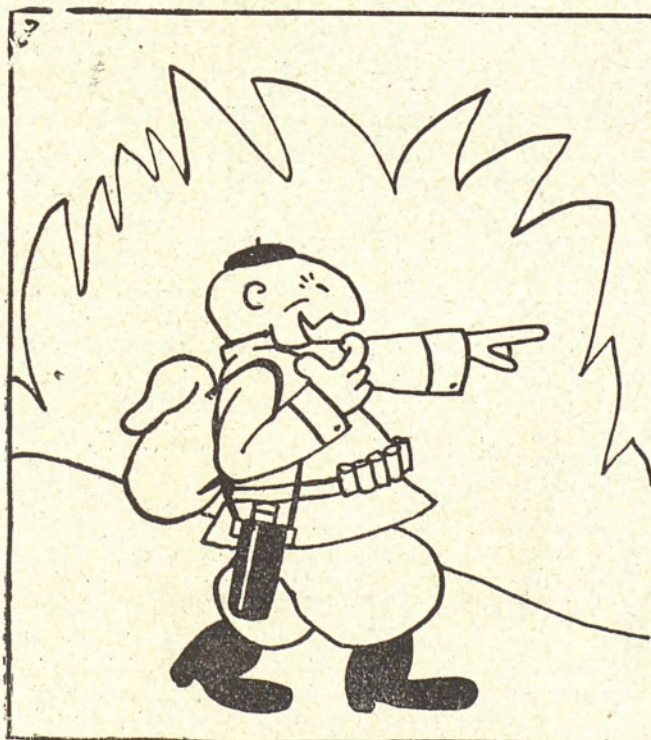
EL CAZADOR DISTRAIDO, QUE OLVIDO LA ESCOPETA.—Historieta de FUENTE.



—A ver si me dejo algo olvidado. No, no; lo traigo todo.



—¡Oh! La caza. ¡Qué encanto! No hay cosa más hermosa en el mundo.



—En cuanto salga un león me echo la escopeta a la cara y ¡¡zás!! ¡Qué encanto!



—¡Atiza! Ya decía yo que se me había olvidado algo. ¡No he traído la máquina de retratar!



LOS JUDIOS A TRAVES DE LA ANECDOTA

Salomón Pomeranz era un rico abastecedor de las tropas en Wilna. Poseía un cuantioso caudal, tenía empleados a centenares de judíos, muchos de los cuales se enorgullecían con su amistad.

Pero aconteció que en uno de sus negocios llegó a perder toda su fortuna, por lo que se habló mucho en la ciudad de la suerte adversa de este hombre, que había sido tan rico. Abandonáronle los amigos de sus buenos tiempos, llegando casi a negarle el saludo.

Inesperadamente volvió a brillar su buena estrella, porque habiendo ganado un gran pleito contra el Estado, recibió una considerable suma, con la que pudo volverse a establecer tan fastuosamente como antes.

En un día de fiesta estaba Pomeranz asomado al balcón mirando a la calle, cuando vio venir hacia su casa numerosos amigos de sus tiempos pasados que venían a visitarle.

—¡Pronto, pronto!—gritó a los criados—. Ponedme la caja de caudales encima de la mesa.

—¿Quieres explicarnos esto?—preguntaron extrañados los amigos cuando vieron la gran caja de caudales instalada sobre la mesa.

—Esto quiere decir—repuso Pomeranz—que no es a mí a quien habéis venido a ver, sino a mi dinero.

Vivía en Kolomea un acaudalado peletero llamado Simson Hibner, el cual gozaba de gran consideración y estaba, además, dotado de raro ingenio. Sus ocurrencias y agudezas mordaces y contundentes han llegado hasta hoy y aun se dice «gracioso como Hibner». Acostumbraba a concurrir a las grandes ferias y mercados anuales, y siempre que concertaba un buen negocio, al volver a su casa mostraba en público

una cara muy seria y disgustada y por la noche su casa permanecía a oscuras. Y, por el contrario, cuando fracasaba en sus negocios, mandaba encender todas las luces en su casa y ponía una cara muy alegre.

Un amigo que conocía perfectamente sus balances, le preguntó en una ocasión a qué obedecía tan extraña conducta.

Simpson contestó sonriendo:

—Voy a descubrirete mi secreto. Tú ya sabes que en el fondo los hombres son malos y envidiosos. Yo también tengo envidiosos y enemigos; por eso, cuando hago un buen negocio, mando apagar todas las luces, pues me digo: Ya que soy dichoso y feliz, que lo sean también mis enemigos creyendo que me he arruinado. Y, por el contrario, cuando me va mal y se me llena el corazón de amargura, digo que enciendan bien toda la casa para que crean que he ganado mucho y sientan una profunda congoja.

Fritz Mauthner, el renombrado crítico, se encontró, durante un viaje que tuvo que hacer en una ocasión, en compañía de tres estudiantes. Y como Mauthner iba leyendo un libro, y muy enfrascado en él, para nada se ocupaba de sus compañeros de viaje y menos se mezclaba en su conversación, decidieron los estudiantes saludarle de esta forma:

El primero:

—Buenos días, padre Abraham.

El segundo:

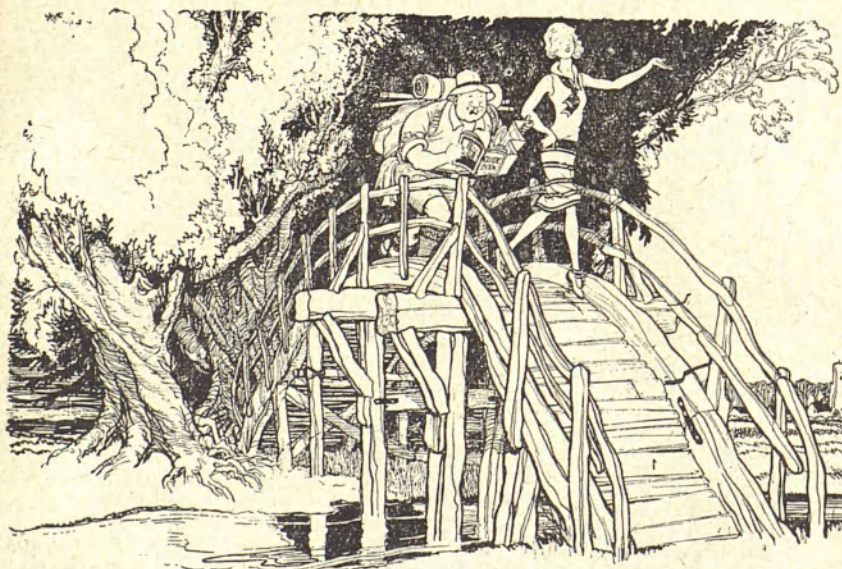
—¿Qué tal, padre Isaac?

El tercero:

—¿Cómo va, padre Jacob?

Mauthner levantó los ojos del libro y los miró sonriendo:

—Nada de eso, señores. No soy el padre Abraham, ni Isaac, ni Jacob. ¿Sabéis quién soy? Pues soy Saúl, enviado por su padre para buscar tres asnos que se han perdido. ¡Y quién había de decirme que los iba a encontrar tan pronto!



TURISMO

—¡Oh! ¡Qué hermosa vista! ¡Qué panorama más delicioso! ¿Dónde estamos ahora?

—En la página 185 de la Guía...

(De *The Passing Show*.)

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

G. R. L. (Alcázar de San Juan).—¡Pero, hombre! ¿Un «jitan» con jota?... ¿En qué estaba usted pensando?... Para los gitanos, lo más indicado es el garrotín. Y para los poetas malos, lo mejor es el garrotán. ¿Usted ya nos entiende! ¿Verdad?... ¡Claro que sí!...

C. de B. (Salamanca).—Sus dos tonterías rimadas (como usted las llama con ejemplar modestia, de la cual, por cierto no nos fiamos mucho) han sido aceptadas por el comité de admisión con furibunda unanimidad.

S. P. F. (Jaén).—A su historia, titulada «La estatua de sab», no le vemos la sal por ninguna parte. Y nos hemos visto negros de Guinea para poder verle la estatua. Suponemos que será una especie de tarta amerengada que hay a la derecha del tercer dibujo... ¿No es eso?... ¡Pues entonces, usted dirá!...

Pepete (Málaga).
En el acto se le nota que es usted bastante idiota.

A. B. M. (Talavera de la Reina).—No es lo malo que en esa histórica ciudad haya muerto Joselito. Lo lamentable es que haya nacido usted y que, al llegar la edad del crecimiento, nos quiera usted empezar a chincar con poesías alusivas a aquella tragedia taurina. Menos mal que nosotros no estamos dispuestos a la chinchadura y que procuraremos oponernos a ella tan enérgicamente como hoy.

Gorete (Ávila).
Gorete, eres un zoquete; y perdónanos, Gorete.

C. S. N. (Madrid).—¡Usted tiene, seguramente, una misión oculta y terrible contra nosotros! ¡A usted le paga algún enemigo nuestro para que nos aniquile a fuerza de prosa vill! ¡Se busca nuestra muerte por

asfixia, y usted es el brazo ejecutor! ¡Es indudable! ¡¡Es un hecho!!... ¡Mañana presentaremos la oportuna denuncia por asesinato frustrado; porque hemos resuelto frustrarlo, para que usted se entere y para que se entere el infame que le paga!...

S. H. (Brujas).
A pesar de estar en Brujas, hay que ver qué mal dibujas.

M. D. E. (Barcelona).—Recibido todo lo que nos envió. Ya habrá visto publicadas algunas de sus ingeniosidades. Los dibujos han de ser necesariamente a pluma y con tinta de la más china que encuentre; el papel, de buen cuerpo, y «las prosas» (como usted dice), de cuerpo saleroso, es decir: con la gracia más exagerada que se le ocurra. Aquí estamos dispuestos a servir a todo el que acierte, y a dar consejos, sin prescindir de la leve chirigota, al que se equivoque. Si usted no es hombre feroz y vengativo, y se ciñe a estas condiciones, seremos más amigos que Cástor y Pólux, Daoíz y Velarde y Loreto y Chicote.

T. Q. B. (Granada).—De los artículos que usted dice que envió anteriormente, no sabemos aquí ni una dulce palabra. ¿No será que habrán gustado tantísimo en Correos, que se han quedado con ellos? Pero, en fin, sepa usted que, en compensación, tenemos el placer y la comodidad de aceptar uno de los que ahora nos ha mandado en unión de su grata, efusiva y patética epístola.

S. C. G. (Zaragoza).
Sus versos «¡Hoy hace un año!» son bastante tontos, maño.

R. L. V. (Madrid).
Ese cuento del balón es una desolación.

Cleo de Merode (Valencia).
«Cleo», amiga Cleo, que usted haría muchísimo mejor dedicándose a las laborcillas propias de su sandunguero sexo.

Tatita (Burgos).—¡Cuán en el alma nos duele, encantadora señorita, no poder publicar sus versos fieros y batalladores! ¡Qué acerbos lágrimas nos ha costado el tomar tan extrema resolución! ¡Qué dolor, qué pe-

sar, qué tempestad bajo nueve cráneos (los de todos los redactores), qué amargas horas de vacilación y de duda!... ¡Pero, ay, no ha habido más remedio!...

Los hermanos Gómez (Soria).—El cuento de estos hermanitos, a pesar de la fuerza que en él ha puesto la colaboración de dos hombres más o menos conscientes, ha corrido la misma triste suerte que otras chuscadas infelices elaboradas por un caballero solo.

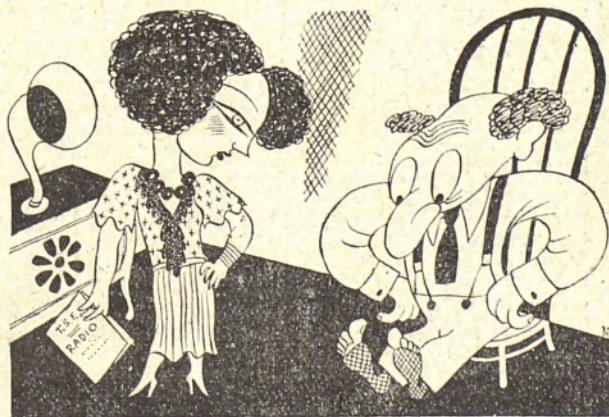
S. B. H. (Málaga).—Flojo y viejo. ¡Vamos, como para meterlo en un asilo!...

J. P. C. (Valencia).—Su novela corta (mejor dicho, su novela larga) titulada «La inmunda plaga» es más inmunda que novela. Y aparte de eso (que ya es un programa), no cabe en este periódico, aunque no estrechemos todos los redactores hasta incrustarnos los unos en los otros, y todos juntos en el director.

F. G. R. (Madrid).—No tenemos ni la más remota idea de los cuatro dibujos de que nos habla. Pero conviene hacer constar que aquí hay un exceso de original tan abrumador, que al propio Velázquez resucitado le naufragaría alguno que otro cuadrito en este proceloso y agitado mar de papel y tinta china...

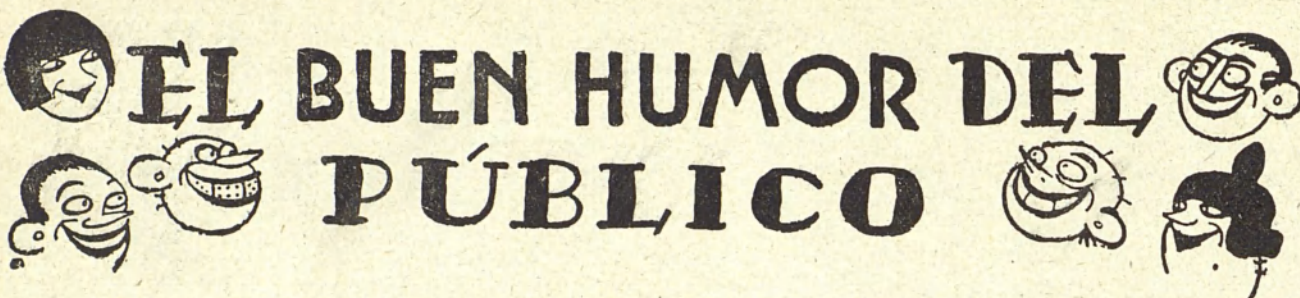
S. J. C. (Sevilla).—Su croniquilla «Hablando con Pastora Imperio», no nos ha convencido. Para hacer un artículo gracioso hablando con una cancionista, hay que hablar con Dios, ¡esté usted seguro!...

Bonete (Puerto de Santa María).—Lo de usted sí sirve, pero es para una cosa distinta de lo que usted pensaba. Ahora bien: como de todos modos sirve para eso (lo que es «eso» nos lo llamamos), pues quiere decir que lo vamos a utilizar en seguida.



—Está bien que te guste la radio, pero no hasta el extremo de coserme los calcetines sin hilos.

(De Le Rire.)



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

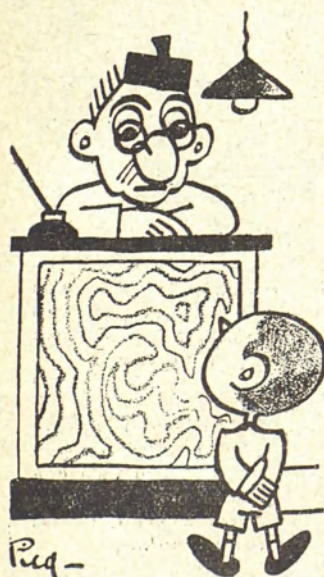
FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

CINEASTAS

—No me explico esa portentosa facilidad de Lon Chaney para cambiar de gesto...

—Yo sí. ¡Quien hace un «gesto» hace ciento!

Pompas Fúnebres (Enguera).



Puq-

—Si tuviera usted tres pasteles y tuviera que repartirlos con tres amiguitos, ¿qué tendría usted que hacer?

—Pegarme con uno de ellos.

(De Cándide.)

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—Le presté ayer dos huevos a tu señora y no me ha devuelto más que uno.

—¿Sólo uno? Entonces es que se habrá equivocado al contarlos.

A. RAMÍREZ (Olot).

—¡Caramba con la modista! ¡Vaya cuentecita!

—No es mucho.

—Quinientas pesetas.

—Una cuenta corriente.

—¿En qué Banco?

Domingo de Ramos (Salamanca).

El director de un periódico era muy espiritual.

Todas las mañanas hacía partícipe a toda la Redacción de su último chiste, que todos celebraban con grandes carcajadas.

Un día, sin embargo, un pe-

quño ordenanza, entre la hilaridad general, conservaba un rostro impasible. El director le preguntó el motivo de quedarse tan frío.

—¿Para qué me voy a reír —le contestó—, si me marchó a fin de mes?

Carlos de León.

—¿En qué se parece una casa de estudiantes a un museo de Pintura?

—¿...?

—En que hay muchos «frescos».

Zeupín (Alicante).

Amigo primero: —¿Te casaste al fin?

Amigo segundo: —Sí.

Amigo primero: —¿Y tu suegra, a la que tanto temías?

Amigo segundo: —Resultó muy buena persona y muy prudente.

Amigo primero: —¿De veras?

Amigo segundo: —Ya ves, se murió durante el viaje de bodas.

K. K. B. LO IV (Bilbao).



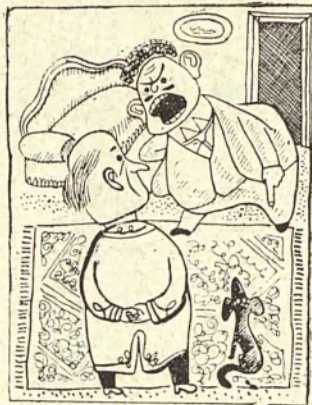
—¿Vive aquí el doctor Pollo?

—No, señor; aquí vive el doctor Gallo.

—Bueno, debe de ser el mismo, porque es que yo no le veo desde que era joven.

(De Fliegende Blatter.)

BARCELONA HOTEL BEAUSEJOUR Paseo de Gracia 23 Casi frente Estación Apeadero de Gracia Teléfono 20745-46		PENSION FRASCATI Cortes. 647 Teléfono 11642	
Lujosas habitaciones Grandes salones de reunión con toda cla- se de servicios Pen- sión desde Ptas. 17'50 Cubierto, 5 Ptas.		De primer orden pa- ra familias distingui- das y extranjeros. Trato esmerado. Ba- ños, ascensor, Pen- sión desde Ptas. 12'50. Cubiertos Ptas. 3'50.	
Descuento del 10% a los portadores de este anuncio			



—Debía usted castigar a su perro: ladra siempre que mi hija canta.
—Sí, pero tenga usted en cuenta que siempre es ella la que empieza.

(De Kvítko.)

—¿Cuál es el colmo de un albañil?
—Tener calvicie.

Rompe y Rasga.

ANTE UN CADAVER

—Tiene tres heridas, pero afortunadamente sólo la primera ha sido mortal.

Ur-Música (Bilbao).

Los niños, llorando:
—Padre, queremos comer.
El amigo:
—Por mí no se detengan en dárles de comer.

El padre:

—¿Qué han de comer, si debe estar tan hartos como yo! Yo le aseguro que tiene cada uno una asadura en el cuerpo.

José M. Conde.

El borracho, al sereno:
—¿Quién de ustedes «dos» me va a abrir la puerta?

Pietín (Enguera).

OCURRENCIA

Sin más recomendación que su presencia divina, encontró colocación en la corte Carolina. El jefe de la oficina, que es don Liborio Garrido, cuando admitió a Carolina la preguntó su apellido.
—En mi nombre está incluido: yo atiendo por Carolina; mas créo, señor Garrido, que mi gracia no adivina.
—Por vencido me declaro; desconozco la combina.
—La solución, «Lina-Caro»; en conjunto, Carolina.

León Cembrano (Madrid).

—Estoy plenamente convencido de que soy un gran orador.
—¿Tú un orador? ¡Si apenas sabes hablar el español!
—Bueno. Cicerón tampoco hablaba el español y fué un gran orador.

Abundio (Barcelona).

COMIDA FRUGAL

—Si no nos socorriera usted, nos moriríamos de hambre con lo que saca mi marido en su triste oficio.

—¿Y qué es lo que viene a sacar?

—Una porquería.

—¿Y en qué trabaja?

—En la limpieza de pozos negros.

Cucufate (Zaragoza).

En casa de don Zacarías Temprano, todos los días, por la mañana, suena el timbre del teléfono.

El citado señor se pone al aparato.

—¿Quién habla?—pregunta.

—¡Oiga! ¿Es Temprano?

—¡Sí, señor!

—Bueno, pues si es «temprano», llamaré más tarde.

Jenisch (Oviedo).

La esposa: —Está vacía la b tella de aguardiente que guardamos siempre para las enfermedades.

El marido: —Sí; yo la bebí hace días. Estuve tan enfermo...

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Es que no quise asustarte, querida.

Pérez Oso. Stratford-on-Avon (Inglaterra).

CORRESPONDENCIA FAMILIAR

Estando escaso de dinero, escribió un muchacho la siguiente carta a su padre:

«Querido padre: Te escribo esta carta el lunes, para que, recibéndola el martes, estés enterado el miércoles de que no tendré dinero el jueves, y que si no me lo mandas el viernes, tomaré mi bicicleta el sábado y estaré contigo el domingo. Tu hijo, Anacleto.»

A lo que el padre contestó:

«Querido hijo: A tu carta escrita el lunes y recibida el martes, doy contestación el miércoles, para que estés enterado el jueves de que no tendrás dinero el viernes, y que si tomas tu bicicleta el sábado, llevarás una soberana paliza el domingo.—Tu padre, Robustiano.»

A. Alonso (Méjico).

—¡Eusebio, Eusebio! El ordenanza Varela acaba de tragarse un duro que tenía en la boca. ¿Qué hacemos? ¿Mandamos que venga el médico?

—De ningún modo, déjale. Al fin y al cabo, tenía que darle una propina por nuestro último viaje, y así ya lo tiene cobrado.

Licenciado San Román.

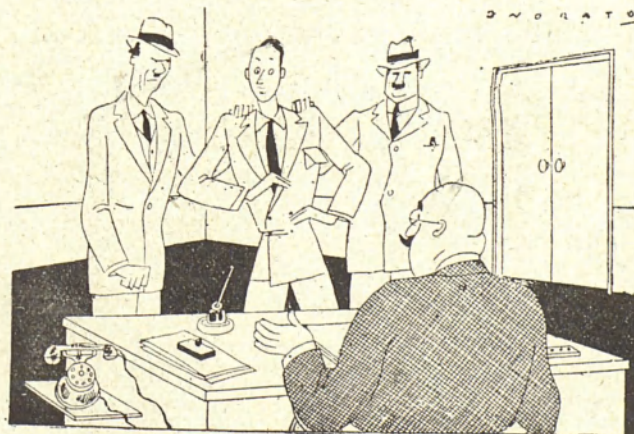
GENEROSIDAD

—El viejo Smith se ha muerto y ha dado todo a la casa de huérfanos.

—¿Cuánto le ha dado?

—Diez niños!

Thomas Gunn. Essex (Inglaterra).



—Señor comisario, considere que soy un pobre estudiante de Ciencias...

—¡La ignorancia no es una excusa!

(De Orpa-Söul.)



—Lo siento, Baltasar; pero como estoy arrepentida de haberte dicho que sí, es preciso que rompamos nuestras relaciones.

—Bueno; pero entonces me devolverás la sortija.

—¡Oh! No estoy arrepentida hasta ese extremo.

—¿Por qué se puede decir a un hombre, cuando se casa, que ha estado ciego?

—Porque antes de casarse «no» vió.

Rompe y Rasga.

Casa de las PANTALLAS

Freciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

PARECIDOS

—El de una riña entre planchadoras a un iracundo.

—En que se tiran una plancha.

—¿Y el de un mudo a un vendedor de el «Heraldo»?

—En que no se le puede tomar la voz.

—¿Y un incendio a una puerta?

—En que del incendio salen llamas, y en la puerta llamas y salen.

Teduar (Madrid).

—¿Por qué no pueden abaratar la sal de cocina?

—Porque sería una «sal bajada».

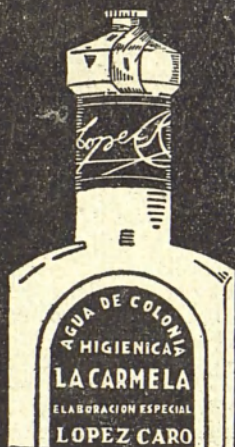
José M.ª Escolar (Madrid).

CUPON

Correspondiente al núm. 517 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita
para el concurso permanente
de chistes o como colaboradores
espontáneos.

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blan-
cos a su color primitivo a los
quince días de darse una lo-
ción diaria. Su acción es de-
bida al oxígeno del aire. No
mancha ni la piel ni la ropa.
Se aplica con la mano como
una loción cualquiera. La gas-
ta desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



女
の
世
界
東
洋
女
の
巻

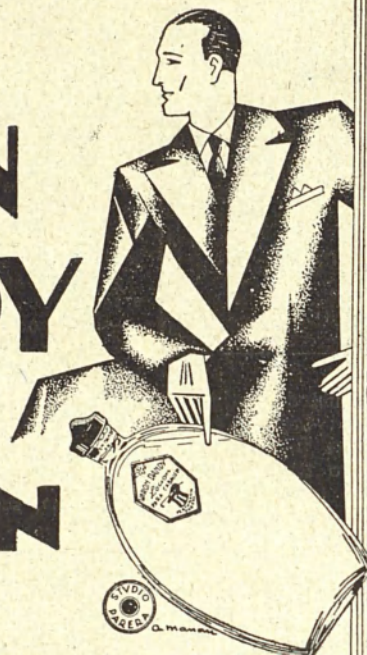
—¿Y cómo sabes que yo
tengo un amor secreto?
—Porque lo dice todo el
mundo.

(De Ghendai Mangwa.)

Perfumeria
Parena

BADALONA

VARON DANDY LOCIÓN



UN PERFUME ES UNA ILUSIÓN

En cambio

"VARON DANDY"

Perfume para Caballero

ES UNA REALIDAD

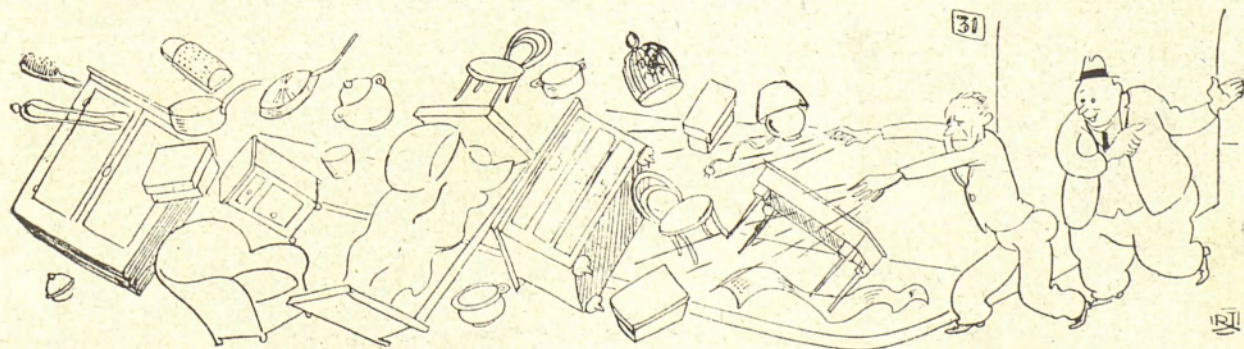
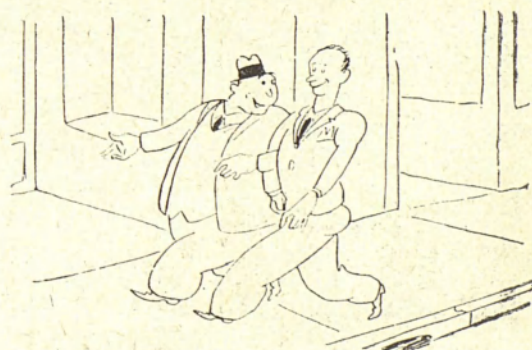
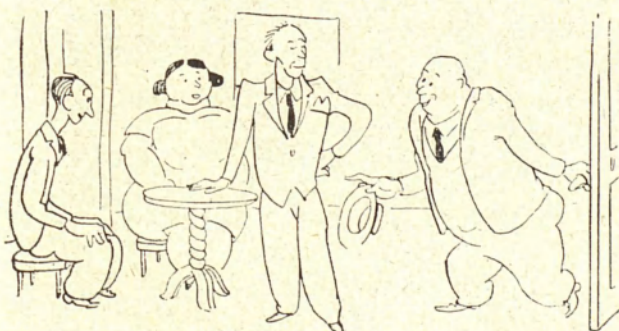
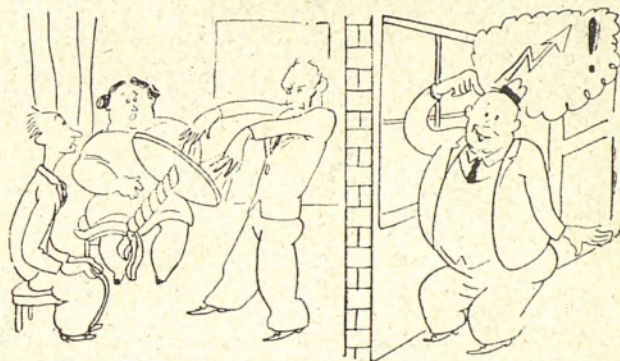
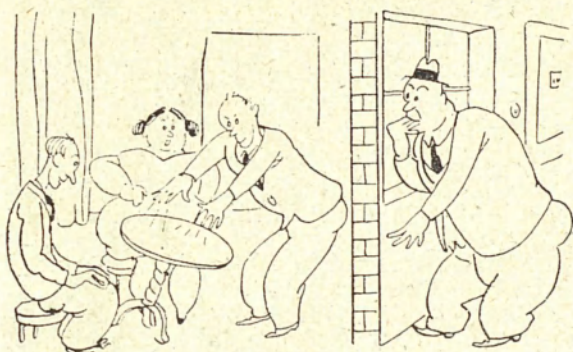
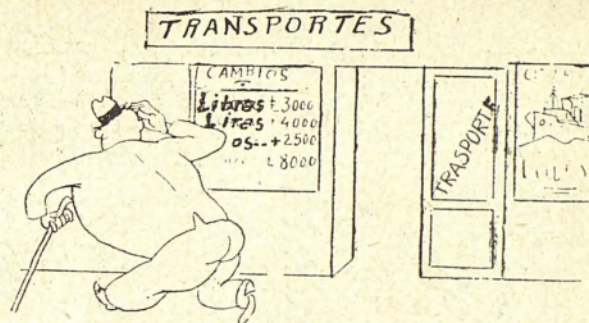
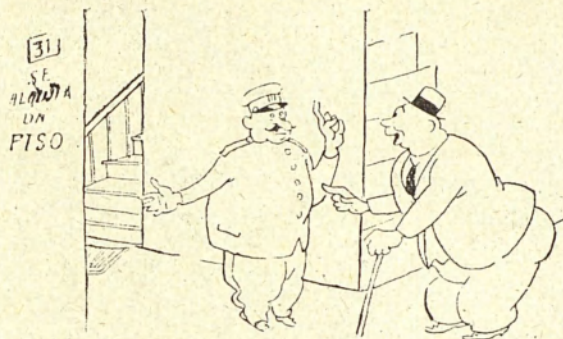
Una realidad, porque su fragancia de hombre mundano
atrae poderosamente los corazones femeninos.

40 FOTOGRAFIAS MUY ORIGINALES, DE PARIS, ULTRAINTERESANTES

Compuesta de varios modelos de tipo ultra-
moderno, constituye la colección actual más cu-
riosa. Sólo quedan algunas series sobre papel
color carne. Escribid urgentemente. Envío a
todos los países bajo sobre cerrado, contra re-
cibo de 20 pesetas en billetes de Banco, Giro
postal internacional, sellos o cheque sobre París.

B. MARLÈNE Libraire

34, Rue Godot de Mauroy -- PARIS



UN TRASLADO ECONOMICO

(De Il Travaso delle Idee.)

BUEN HUMOR



Ella.—¿ No hemos roto nuestras relaciones?... ¿ Por qué vienes ahora pidiéndome cuentas ?
El.—Porque se te ha olvidado devolverme el collar que te regalé.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SORAVILLA. Madrid.